

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Thomas Söding La profecía de la vejez. Una promesa en el Nuevo Testamento.	6
Bernard Schumacher Recibir la ancianidad	17
André Vingt-Trois Un momento de verdad.	27
Ysabel de Andia Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono.	32
Ivica Raguž Una pequeña teología de la vejez	37
Luis Baliña Envejecer como acontecimiento de la misericordia	53
Matías de Martini El desafío de una mirada positiva sobre la vejez	58
María Isolina Dabove Derecho de la vejez. Principios y alcance	66
Grégori Solari La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer	74
PERSPECTIVAS:	
Alberto Espezel Resurrección y teología actual	80

Recibir la ancianidad

—
Bernard Schumacher*

“Entro en el ascensor, presiono el botón en el segundo piso y me preparo a un nuevo encuentro con el mundo al revés”.¹ Es de este modo que el poeta Christian Bobin comienza el relato de una de las visitas que hace a su padre, enfermo de Alzheimer y hospitalizado en un residencia de ancianos. Al fin de este texto corto, titulado “La presencia pura”, agrega lo siguiente: “Los que tienen muy pocos días y los que son muy ancianos se encuentran en otro mundo que el nuestro. Relacionándose con nosotros nos hacen un regalo inestimable”.² ¿Qué hay que decir a nosotros que somos jóvenes, con buena salud, hiperactivos, hiper-conectados, obnubilados por la performance y la voluntad de controlar todo? ¿Este regalo consistiría en una ancianidad “lograda”? Y si el mundo al revés en el que se encuentra la persona anciana nos revelara una parte del mundo al derecho, una dimensión esencial de nuestra humanidad que habríamos querido olvidar?

1. El mundo en el lugar de los que “están bien”

El mundo en el lugar de “los que están bien”, rinde un culto a la performance, a la eficiencia, a lo que es útil, a lo que se puede controlar, con el objeto de someter lo real en su conjunto a la voluntad del hombre; es por lo cual se venera los valores supremos de la autonomía y de la independencia más que todo. Esto no concierne sino al mundo de los jóvenes o los adultos maduros; estas ideas impregnan igualmente el discurso de la sociedad sobre la ancianidad. La cultura occidental de manera general, enseña que hay que “lograr” su vida a cualquier costo y no se debe ser un perdedor,³ y esto vale singularmente para la última etapa de la existencia, como lo subraya el escritor bioquímico Joel de Rosnay: “Sí, es posible vivir bien la última fase de nuestra vida, de lograr nuestra ancianidad. Prolongar la duración de la ancianidad o prolongar la duración de la juventud no es de ningún modo la misma cosa: es más positivo buscar alargar la duración de la juventud. De algún modo envejecer

* Casado, cuatro hijos, profesor en la Universidad de Friburgo (Suiza). Autor de *Eutanasia de la persona vulnerable*, Toulouse, 2017.

¹ Ch. Bobin, *La Présence pure et autres textes*, Paris, Gallimard, 2012, pp.121-151, esp. p.136.

² Id. pág. 150

³ Cf. A. Eherenberg, *El culto de la performance*, Paris, Bayard, 2010; La fatigue d’être un. *Dépression et société*, Paris, Odille Jacob, 2000.

“joven”.⁴ Para esto, nada mejor que utilizar los métodos de *management* que han mostrado sus pruebas: controlar los procesos y sistemas de calidad del buen vivir. Este *management* en uso en el mundo económico se extiende ahora al mundo de los cuidados. Se trata entonces de establecer “reglas racionales del *management* del propio cuerpo... *successful aging*, (envejecimiento exitoso).⁵ En cuanto al periodista Dominique Simonette, compara la vejez exitosa a “una segunda adolescencia quizás tan agitada como la precedente”.⁶

Esta segunda adolescencia aquella que Romano Guardini atribuye a un “joven disminuido”,⁷ se caracteriza justamente por la exigencia de envejecer sin parecer anciano, es decir, continuar apareciendo como un “anciano joven” cuyo rostro liso y desprovisto de arrugas que revelan una existencia vulnerable. No se trata más de batirse en retirada, una vez llegada la edad del retiro, sino se trata de vivir una vida nueva, “libre”, a la manera de los adolescentes. La ancianidad no sería la edad de las cosas imposibles, sino más bien de todas las cosas posibles. El escritor Michel Houellebecq resume bien este *diktat* de la ancianidad exitosa: “en el mundo moderno se podía ser cambista bisexual, transexual, zoófilo, SM, pero está prohibido ser anciano”,⁸ ya que la ancianidad es considerada como una desgracia. El sociólogo Michel Billé, de acuerdo con él, ha constatado recientemente que “en una sociedad que no valoriza sino “juventud, gloria y belleza”, envejecer es necesariamente un problema”.⁹

Este control del proceso de envejecimiento, se origina en el programa formulado por el filósofo René Descartes en 1637 consistente en “devenir como maestro y poseedor de la naturaleza”.¹⁰ Dicho de otro modo se trata de dominar las leyes de la naturaleza para controlarla y perfeccionarla para servir a las finalidades que el hombre hubiere elegido. Este programa se aplica no sólo a la Naturaleza, sino también al cuerpo humano sujeto a limitaciones. El dominio, gracias al saber científico, de los mecanismos orgánicos permitiría curar, según Descartes, “una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu e incluso quizás el debilitamiento de la ancianidad”. La aplicación del programa cartesiano tuvo como resultado entre otras cosas, aumentar considerablemente la esperanza de vida, especialmente gracias a una mayor

⁴ J. de Rosnay, *Le corps*, en, De Rosnay et alia, *Une vie en plus. La longévité, pour quoi faire?* Paris, Seuil, 2005, 2005, pp 2005, pp.17-95, p.45.

⁵ Ver Olivier de Ladoucette, *Le nouveau guide du bien vieillir*, Paris, Odille Jacob 2014, pág. 44.

⁶ D. Simonette, *Prologue*, en: Rosnay, *Une vie en plus*, p.12.

⁷ R. Guardini, *Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung* (1953), Würzburg, Topos, 2016, p.59.

⁸ M. Houellebecq, *La possibilité d'une île*, Paris, Fayard, 2005, p.213.

⁹ M. Billé, *Vieux mais libres?* En M. Billé et alia, *Manifeste pour l'âge et la vie: réenchanter la vieillesse*, Toulouse, Eres, 2017, p.40.

¹⁰ R. Descartes, *Discours de la méthode*, (1637), Paris, Flammarion, 200, sexta parte, p.99.

higiene en general, a un control de la salud, a fulgurantes adelantos de la medicina y a desarrollos tecnológicos. Este aumento de la esperanza de vida se acompaña con la exigencia de continuar a atrasar la muerte lo más posible. Esto conlleva, paradójicamente, el aumento de una cierta precariedad durante los últimos años de la vida a causa de la emergencia de nuevas enfermedades, del carácter crónico de algunas de ellas, del aumento de handicaps físicos y psíquicos. Estos exigen que el sistema de salud sea solicitado más a menudo, lo que aumenta los costos para la sociedad y constriñe a los parientes de estas personas ancianas a devenir dependientes ellos mismos de los ancianos. La aceleración, en estos últimos decenios, del envejecimiento de la población en Occidente, acompañado a la baja de la natalidad que no compensa el alargamiento de la longevidad, se acompaña, además, de un abajamiento del crecimiento económico.

El programa cartesiano se radicalizó algunas veces bajo la égida de un nuevo ídolo, la salud –“se venera la salud”.¹¹ Esta es la ideología de los transhumanistas del siglo XXI; profetizan no sólo la eliminación de la ancianidad, sino más aún “la eutanasia de la muerte”.¹² Para ellos, la ancianidad corresponde a una injusticia de la naturaleza. La ciencia y la técnica se han visto cargadas con la misión de dominar la enfermedad, hasta su liberación; igualmente para el handicap, la ancianidad, y toda fórmula de vulnerabilidad. Esta se manifiesta a lo largo de toda la existencia, y de manera más particular en el momento de la ancianidad que desemboca fatalmente en la muerte. Esta última etapa de la vida se caracteriza por una crisis.

2. La crisis de la ancianidad

El término “crisis” viene del latín *crisis* y designa una fase decisiva en una enfermedad; así como el griego *krisis* significa decisión”, “juicio”. Un tiempo de crisis –como el de la ancianidad- implica un proceso de discernimiento y de toma de decisión, ya que se trata de ajustarse a una situación nueva con aspectos tantos positivos como negativos. A menudo la crisis está acompañada de un duelo: en el caso de la ancianidad, la persona anciana es llevada a aceptar la alteración irreversible, incluso la pérdida de facultades físicas, psicológicas, racionales y espirituales. Uno de los aspectos de la crisis es que ella no está destinada a durar y que desemboca en un nuevo estado de vida.

¹¹ F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra*, Kritische Studienausgabe, (ed.G.Colli y M.Montinari), München, Deutscher Taschenbuch Verlag, De Gruyter, 1999, vol. 4, p.20: “man ehrt die Gesundheit”.

¹² L. Alexandre, *La mort de la Mort. Comment la technomédecine va bouleverser l'humanité*, Paris, Lattes, 2011, p.12.

La salida de una crisis aparece por lo demás en la etimología del verbo “lograr” (*réussir*). Este término del italiano *riuscire* significa en francés “volver a salir, desembocar”. El logro consistiría entonces en atravesar una crisis para alcanzar un estado nuevo. Lograr significa también “mostrarse”. El logro implicaría -si escuchamos la escuela de la etimología- la revelación de una realidad de la cual se toma conciencia poco a poco. Lograr la propia ancianidad significaría experimentar en su cuerpo la crisis propia de esta etapa de la existencia, crisis que revelaría especialmente una dimensión antropológica que nuestros contemporáneos exitosos y activos tienen tendencia a rechazar. ¿Cuál sería esta dimensión antropológica? ¿Cuál sería el regalo inestimable -para retomar la fórmula de Christian Bobin- que nos hace el muy anciano, aquel que ha aceptado atravesar la crisis de la ancianidad, contrariamente al “joven- viejo- adolescente” que rechaza envejecer y que hace decir al poeta Hermann Hesse: “La ancianidad deviene mediocre cuando se desea jugar al joven?”¹³

3. La ancianidad asumida

La ancianidad muestra claramente el carácter intrínsecamente temporal de la existencia cuyos efectos se hacen sentir en el cuerpo y en el espíritu del hombre. Tomar conciencia que el tiempo no deja de pasar, es reconocer que escapa a todo control, que el hombre no sabría ni comprarlo ni plegarlo a su voluntad. Confrontado a ese tiempo que no cesa de escapársele entre los dedos, la persona anciana puede adoptar distintas actitudes.

La primera consiste en darle al pasado una importancia que puede parecer exagerada. Esto esconde la mayor parte de las veces la necesidad de hacer el balance de su existencia. Se trata, como lo destaca la médica geriatra Renée Sebag-Lanoë, de “ponerse en paz consigo mismo, con su pasado, su historia, poner orden en su memoria, en su vida, en sus recuerdos buenos y malos. Reexaminar los hechos. Aceptar que las cosas sean lo que ya fueron”.¹⁴ Semejante actitud, totalmente comprensible, puede sin embargo llevar a la persona anciana a desear vivir únicamente en el pasado, rechazando vivir el presente de su ancianidad como un presente que lleva en germen un futuro que viene.

Una segunda actitud caracteriza a aquel que es llamado “anciano joven adolescente”. Ella consiste en rechazar el tomar conciencia de la duración limitada de su propia existencia, lanzándose en una multitud de proyectos y programas a realizar.

¹³ H. Hesse, “Los que pueden imaginarse ancianos”, en: *Mit der Reife wird man immer Jünger. Betrachtungen und Gedichte über das Alter*, Ed.V.Michels, Frankfurt/Main, Insel Verlag, 1990, pp. 49-52.

¹⁴ Renée Sebag-Lanoë, *Soigner le grand age*, Paris, Desclée de Brouwer, 1992, p. 92.

La tercera actitud, aunque más equilibrada, es denigrada por la sociedad occidental ya que contraviene al activismo febril. El escritor Paul Claudel ha resumido muy bien esta actitud, cuando había llegado a los 84 años, y debía morir dos años más tarde: “Ayer, suspira uno. Mañana, suspira el otro. Pero hay que haber alcanzado la ancianidad para comprender el sentido resplandeciente, absoluto, irrecusable, irremplazable de esta palabra: hoy”.¹⁵ Y el novelista Francois Mauriac, el encarecer, a los 80 años, algunos años antes de su propia muerte: “No me siento desligado de nada ni de nadie. Pero me basta ahora con vivir. La sangre que fluye todavía en la mano puesta sobre mi rodilla, este mar que siento batir dentro mío, este reflujo y flujo que no son eternos, este mundo tan cercano a terminarse, exige una atención a todos los instantes, de todos estos últimos instantes antes del último: esta es la ancianidad”.¹⁶

Estos ancianos hacen la experiencia de vivir en el presente; o para retomar la observación de Sebag-Lanoë: “las personas ancianas habitan ante todo el instante”,¹⁷ lo que se expresa por ejemplo en su “manera de gozar intensamente de un rayo de sol o de la visión fugitiva de un pájaro...”.¹⁸ Ello parecería ser la llave de la felicidad, como le dice una señora anciana, cuando busca la manera de vivir la experiencia de la ancianidad: “Permítame, querido doctor, que le diga en voz bien baja, aproveche plenamente el tiempo que pasa, el tiempo fluye rápido,¹⁹ la felicidad es fugaz, y las horas que uno quiere no vuelven mañana”.

¿Cómo comprender el hecho de habitar de ese modo el presente? Los estoicos contemporáneos proponen una primera hipótesis, ellos, que rechazan confrontarse al pasado así como abrirse al futuro en la utopía de controlar todo. Así el estoico se protege contra toda forma de desestabilización, de sufrimiento. En efecto, el acto de desear o de esperar es fuente de sufrimiento, ya que conlleva el temor que nuestros deseos no se realicen. Si se desea vivir feliz (en el sentido de liberado de todo temor), hay que concentrarse en el presente, renunciando a los deseos cuya realización no depende de la voluntad. A fin de cuentas, replegarse en el presente, sin volverse ni al pasado ni al futuro, es para el estoico, temor de no continuar hacer el propio soberano y deber confiarse a otro. Este temor es fundado en la idea que la pérdida de control de la voluntad restringiría la libertad y se opondría a la dignidad humana. Esta actitud de inspiración estoica desemboca en lo que el filósofo Gabriel Marcel llama “la

¹⁵ P. Claudel, *Journal*, vol.II (1933-1955), Paris, Gallimard, Pléiade, 1969, cahier X, p. 818.

¹⁶ F. Mauriac, *Nouveaux Mémoires intérieurs* (1964), Paris Flammarion, 1985, p. 419.

¹⁷ R. Sebag-Lanoë, *Propos sur le grand age. Réfléchir une expérience*, Rueil-Malmaison, Editions Doin-Lamartre, 2008, p. 30.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ R. Sebag-Lanoë, *Soigner le grand age*, op.cit. p. 93.

insularización temporal del hombre”²⁰. A propósito de la neutralización del pasado, y se podría agregar del futuro. Esta insularización representa una segunda manera de explicar la predilección que nuestros contemporáneos conceden al hecho de vivir en el presente: el tiempo está en adelante atomizado, discontinuo, comprimido. De golpe no se consideran más como religados, como unidos, los diversos acontecimientos de la jornada, así como los períodos de la vida. Cada hecho particular es considerado independientemente, y la persona no tiene más historia en el sentido de historia narrativa. La vida no es más un conjunto portador de sentido; se caracteriza más bien por múltiples oportunidades a aprehender, fuera de toda noción de pasado y de futuro. En síntesis, el tiempo no es más continuo, ya que la “lógica” de la experiencia del presente vivido en forma intensa, sin duración o fuera de la duración, reemplaza la lógica de la apertura hacia el futuro, en la que la esperanza es el ejemplo mismo.

La tercera manera de vivir en el presente, es entonces *estar presente*, en el doble sentido de *presente temporal* y de la *presencia-a lo que es, a lo que se presenta*. Estar presente, es adoptar una actitud de presencia al mundo y al otro. Si se puede obligar a alguno de estar allí –como un acompañante ante un anciano–, no se puede obligar a nadie a estar presente en el sentido de abierto a la misma persona del otro. Hay, por ejemplo, dos modos de saludar a alguien. El “buen día” puede ser sólo mecánico, sin forma de relación, privado de toda presencia, de toda auténtica atención respecto al otro. La presencia no es ninguna técnica a dominar ni una posición de control, de lo real y del otro; es sobre todo una manera de estar en relación al mundo y al otro: actitud que se caracteriza por una apertura, una disponibilidad de escucha o una entrada en relación que caracteriza la segunda manera de saludar a alguno. Cuidarse al uno y al otro, es cuidar y experimentar la presencia en el presente.

Este vivir del presente temporal necesita de todos modos una apertura hacia el pasado de donde tiene su origen. Ya que el presente no surge de ninguna parte, se inscribe en una doble historia narrativa, la de la persona y la de la comunidad. Este vivir en el presente se caracteriza igualmente por una apertura hacia el futuro, hacia el surgimiento de una nueva realidad de existencia no todavía presente y que escapa al razonamiento de la prospectiva, como también a la voluntad de control. Esta apertura del presente a la vez hacia el pasado y hacia el futuro implica otra dimensión de la palabra “presente”: este no es sólo una presencia a y una presencia para, sino también un *presente, comprendido como don*. Con otras palabras, la apertura que conlleva el presente se caracteriza por un desprendimiento de la voluntad de control, a fin de dejarse

²⁰ G. Marcel, *Les hommes contre l'humain*, Paris, Editions universitaires, 1991, p. 36.

tomar por lo real comprendido como donación primera. Vivir el presente significa así experimentar una presencia, y percibir lo real y el otro como dones que escapan a todo control.

Dejemos la palabra al poeta Hermann Hesse que describe maravillosamente la experiencia de la ancianidad vivida como presencia al presente-don de lo real, el cual se revela a aquel que se desprende de su unidad de control para adoptar una actitud de disponibilidad, en un espíritu de apertura y de confianza: “Yo vivía momentos de entusiasmo, de revelación.... Estos acontecimientos son inesperados.... la eclosión de esos instantes....a través de la forma de un paisaje, de un rostro, de una flor... donde el secreto del Ser se develaba aquí, y para aquel que miraba, era maravilloso, esto representaba la felicidad, el sentido, era un presente... El acontecimiento en sí mismo se resumía de hecho en una aparición, un milagro, un misterio tan bello como grave, lleno de gracia pero también implacable”.²¹

Frente al tiempo, del cual no se puede gozar a voluntad, el ser humano hace la experiencia de una ausencia de control radical. El poder que ejerce sobre el mundo, del cual el programa Descartes evocado más arriba es el paradigma, no lo ejerce sobre el tiempo, ya que no le pertenece. Así el anciano nos revela por medio de sus pobreza físicas e intelectuales, una riqueza más profunda, incluso si ella conlleva una pobreza inconmensurable, riqueza que reside en la aceptación de la existencia tal como ella se presenta, en una disponibilidad al momento presente, en una presencia al presente-don: el de la realidad, de los otros y de uno mismo. En este sentido, la pobreza designa el hecho de abandonarse y de dejarse conducir con confianza en los distintos caminos de la vida (que son imprevisibles), para consentir a lo real en el momento presente. “Aceptar el no controlar, subraya Michel Billé, es entonces uno de los elementos constitutivos de la ancianidad. Me gustó aparecer como joven, llega el momento en que el otro me percibe anciano”.²² Mientras que en la ancianidad golpeada en el rincón de la tiranía del éxito y del juvenilismo “no es sino apariencia y engaño”,²³ ya que “envejecer, sostiene el filósofo Lucien Guirlinger, es depender de otras cosas y otros seres que uno mismo”²⁴.

El hombre contemporáneo -obnubilado por la performance y la eficacia, deseoso de someter lo real a su propia voluntad- es llamado, tomando ejemplo sobre el anciano, a renunciar al control absoluto de sí y a dejarse desestabilizar

²¹ H. Hesse, “Armonía del movimiento y la inmovilidad”, en: *Einklang von Bewegung und Ruhe*, op.cit., pp. 57ss.

²² M. Billé, “Vieux mais libres?”, op.cit., p. 45.

²³ R. Guardini, *Las edades de la vida*, Schein und Lebensbetrug, p. 59.

²⁴ R. Guirlinger, *Viellir, art ou destin?*, Paris, Pleins Feux, 2001, p. 33.

y vivir el desasimiento, para adoptar una actitud de receptividad frente a la realidad y a los acontecimientos que surgen de manera imprevista. La esperanza expresa esta manera de ser en el mundo: consciente que no puede alcanzar por sí mismo el objeto que espera, el que espera en este estado recibe lo que le ocurre como un don del otro. El rechazo de la esperanza que expresan los estoicos modernos, tiene su fuente en su rechazo de la dependencia en nombre de una libertad de control; ellos evacúan de ese modo la dimensión del presente en tanto que don, así como la gratuidad que la acompaña.

El filósofo C. S. Lewis, resume bien el riesgo de la libertad: “Somos como nadadores que, estando todavía o parados en el fondo con un pie, o un dedo del pie desean permanecer en el piso; si sólo se soltaran se dejarían ir gloriosamente al placer que hay en dejarse llevar por el agua. Si pudiéramos abandonar nuestra última exigencia de libertad... conoceríamos la libertad”.²⁵

La libertad del anciano no consiste en abandonarse a esta mascarada que le impondría aparecer joven a toda costa, sino en adquirir una nueva libertad interior, aceptando su condición de ser temporal finito; eso es lo que hace posible una apertura y un reencuentro con lo real en una actitud de confianza y de disponibilidad, de no estar atado al control de su propia vida. “Envejeciendo, observa el filósofo Odo Marquard, se puede dejar ir todas las cosas”²⁶ y adquirir así una cierta serenidad.

4. Conclusión

Envejecer bien, es dar importancia a una actitud de disponibilidad receptiva que implica, comenta Renee Sebag-Lanoë, el “duelo de esta voluntad de control y de omnipotencia que caracteriza al hombre contemporáneo”.²⁷ Esta actitud se encuentra en el corazón de la contemplación. Inversamente al alocado consumo de nuevas experiencias al que son tan aficionados los adeptos de la cultura contemporánea, el anciano se distingue por la manera, dice Odo Marquard, como “contempla una y otra cosa y como se retarda delante suyo”.²⁸ La ancianidad nos enseña a reanudar la relación con el tiempo, a reconciliarnos con él. Esta reconciliación implica, como lo subraya el filósofo Robert Redeker, “que se dé importancia al vagabundeo sin objeto, a la lentitud, al aburrimiento, a la meditación, sin duda aquello que era para los antiguos griegos la *schole*, el ocio, la gratuidad. Es gratuito lo que hacemos para nada, sin

²⁵ C. S. Lewis, *The Four Loves*, New York, 1991, p. 131.

²⁶ O. Marquard, *Das Alter mehr Ende als Ziel*, en J. Wetz mit O. Marquard. *Endlichkeit Philosophisches. Über das Altern*, Stuttgart, Philipp Reclam, 2013, p. 87.

²⁷ R. Sebag-Lanoë, *Soigner le grand age*, op.cit., p. 90.

²⁸ O. Marquard, *Das Alter, mehr Ende als Ziel*, op.cit., p. 83.

objeto, fuera de agenda, fuera del empleo del tiempo²⁹”. El poeta Hermann Hesse subraya la importancia capital que tiene esta actitud de contemplación como es vivida por el anciano: “mirar, observar, contemplar deviene progresivamente un hábito, un ejercicio, e insensiblemente el estado de espíritu, la actitud que esto conlleva, estas cosas influyen nuestro comportamiento.... Nos asombramos de constatar hasta qué punto es maravilloso y bueno retirarse de esta carrera seguida, de esta loca corrida y de acceder a la *vita contemplativa*. En este jardín de la ancianidad, se desarrollan las flores que apenas hubiéramos soñado cultivar en otro tiempo. Aquí florece una planta noble, la paciencia. Devenimos mansos, tolerantes, y cuanto más disminuye nuestro deseo de intervenir y de actuar, más vemos crecer nuestra capacidad de observar, de escuchar la naturaleza tanto como a los hombres”.³⁰

El regalo inestimable que nos hace el anciano -conforme a la intuición que tiene Bobin citado en la introducción-, que se lo puede considerar como un sabio, reside en una elaboración de una cultura de la contemplación y del ocio auténtico, como bien lo percibió el filósofo F Nietzsche, hace cerca de 150 años: “Esta agitación crece tanto que la alta cultura no tiene más tiempo para madurar sus frutos, es como si las estaciones se sucedieran demasiado rápidamente. A falta de quietud, nuestra civilización desemboca en una nueva barbarie. En ninguna época los hombres de acción, los agitados, han sido más estimados. Una de las correcciones necesarias que hay que aportar al carácter de la humanidad será entonces el fortificar en una medida amplia el elemento contemplativo”.³¹ En cuanto al filósofo Joseph Pieper, subraya con razón, que “una verdadera cultura no puede desarrollarse sino sobre el terreno del ocio”,³² es decir en actividades que no sirven a nada, o más bien que poseen su finalidad en ellas mismas. Su presencia nos recuerda lo que el ser humano es en lo más profundo de sí mismo: hay una dignidad, un valor que escapan a todo fin útil, a toda reflexión funcional y cuantitativa, a los intereses y deseos subjetivos de los exitosos. Esta cultura de la contemplación y del ocio auténtico, opuesta a una cultura del activismo y de la diversión, es lo que permite “al hombre permanecer siendo un hombre”³³ para retomar la fórmula de la filósofa Simone de Beauvoir respecto a los ancianos, en el sentido de que no deben mostrarse exitosos ni ser rentables para la comunidad.

²⁹ R. Redeker, *Bienheureuse viellesse*, Monaco, Ed. Du Rocher, 2015, p.180. Ver J. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1974.

³⁰ H. Hesse, *Über das Alter*, op. cit., p. 72.

³¹ F. Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches I, Kritische Studienausgabe*, op.cit. vol 2, p. 232.

³² J. Pieper, *Müsse und menschliche Existenz*, B Wald, Hamburg, *Werke*, vol.8, p. 456.

³³ Simone de Beauvoir, *La viellesse*, Paris, Gallimard, 1970, p. 568.

El mundo al revés en el que se encuentra el padre de Christian Bobin revela en definitiva una parte del mundo. La presencia del anciano es para el joven hiperactivo un regalo inestimable en la medida en que se encuentra presente al presente. Su capacidad de estar presente sin voluntad de control y disponible al surgimiento de lo inesperado, de lo nuevo, su capacidad de recibir lo que se revela en el aquí y ahora, y abrirse al futuro en una actitud de confianza y esperanza, todo esto representa para nuestra cultura occidental una riqueza muy grande.

De este modo el anciano nos enseña a “perder” nuestro tiempo. A falta de quietud, nuestra civilización desemboca en una nueva barbarie, encarando cada encuentro como un regalo vivido en presencia del presente. Como escribe el poeta al final de *La Présence pure*: algunas flores, vendimiadas por una lluvia nocturna, han caído sobre una mesa del jardín de la casa. Mi padre las mira. Hay en sus ojos una luz que no debe nada a la enfermedad y que haría falta un ángel para descifrarla³⁴. Esta luz revela su presencia como un regalo inestimable. Este es el don que nos procura la sabiduría.

Traducción: P. Alberto Espezel

³⁴ Ch. Bobin, *La Présence Pure*, op.cit., p. 151.